CAPITULO XXII.

Sírvense de varios ardides los Mejicanos para su defensa: emboscan sus canoas contra los bergantines, y Hernan Cortés padece una rota de consideracion, volviendo cargado á Cuyoacan.

Notables advertencias de los Mejicanos.

Fué notable, y en algunas circunstancias digna de admiracion, la diligencia con que defendieron su ciudad los Mejicanos. Obraba como natural en ellos el valor, criados en la milicia, y sin otro camino de ascender á las mayores dignidades; pero en esta ocasion pasaron de valientes á discursivos, porque necesitaron de inventar novedades contra un género de invasion, cuya gente, cuyas armas y cuyas disposiciones eran fuera del uso en aquella tierra: y lograron algunos golpes, en que se acreditó su ingenio de mas que ordinariamente advertido. Queda referida la industria con que hallaron camino de fortificar sus calzadas; y no fué menor la que practicaron despues, enviando por diferentes rodeos canoas de gastadores á limpiar los fosos que iban cegando los Españoles, para cargarlos al tiempo de la retirada con todas sus fuerzas: ardid que ocasionó algunas pérdidas en las primeras entradas. Dieron con el tiempo en otro arbitrio mas reparable, porque supieron obrar contra su costumbre cuando lo pedia la ocasion, y hacian de noche algunas salidas, solo á fin de inquietar los cuarteles, fatigando á sus enemigos con la falta del sueño, para esperarlos despues con tropas de refresco.

Fortifican sus calzadas.

Limpian los fosos para cargar la retirada.

Hacen de noche algunas salidas.

Pero en nada se conoció tanto su vigilancia y habilidad como en lo que discurrieron contra los bergantines, cuya fuerza desigual intentaron deshacer, buscándolos desunidos: á cuyo efecto fabricaron treinta grandes embarcaciones de aquellas que llamaban piraguas; pero de mayores medidas y empavesadas con gruesos tablones, para recibir la carga, y pelear ménos descubiertos. Con este género de armada salieron de noche á ocupar unos carrizales, ó bosques de cañas palustres, que producia por algunas partes la laguna, tan densas y elevadas, que venian á formar diferentes malezas impenetrables á la vista. Era su intencion provocar á los bergantines, que salian de dos en dos á impedir los socorros de la ciudad: y para llamarlos al bosque, llevaron prevenidas tres ó cuatro canoas de bastimentos, que sirviesen de cebo á la emboscada, y bastante número de gruesas estacas, las cuales fijaron debajo del agua, para que chocando en ellas los bergantines, se hiciesen pedazos, ó

Fábrica de piraguas contra los bergantines.

Emboscada en la laguna.

fuesen mas fáciles de vencer. Prevenciones y cautelas, de que se conoce que sabian discurrir en su defensa, y en la ofensa de sus enemigos: tocando en las sutilezas que hicieron ingenioso al hombre contra el hombre, y son como enseñanzas del arte militar, ó sinrazones de que se compone la razon de la guerra.

Cautelas del enemigo.

Salieron el dia siguiente á correr aquel parage dos bergantines de los cuatro que asistian á Gonzalo de Sandoval en su cuartel, á cargo de los capitanes Pedro de Barba y Juan Portillo: y apénas los descubrió el enemigo, cuando echó por otra parte sus canoas, para que dejándose ver á lo largo, fingiesen la fuga, y se retirasen al bosque: lo cual ejecutaron tan á tiempo, que los dos bergantines se arrojaron á la presa con todo el ímpetu de los remos; y á breve rato dieron en el lazo de la estacada oculta, quedando totalmente impedidos, y en estado que ni podian retroceder, ni pasar adelante.

Pedro de Barba y Juan de Portillo en la emboscada.

Salieron al mismo tiempo las piraguas enemigas, y los cargaron por todas partes con desesperada resolucion. Llegaron á verse los Españoles en contingencia de perderse; pero llamando al corazon los últimos esfuerzos de su espíritu, mantuvieron el combate para divertir al enemigo, entre tanto que algunos nadadores saltaron al agua, y á fuerza de brazos y de instrumentos rompieron ó apartaron aquellos estorbos en que zabordaban los buques: cuya diligencia bastó para que pudiesen tomar la vuelta, y jugar su artillería, dando al traves con la mayor parte de las piraguas, y siguiendo las balas el alcance de las que procuraban escapar. Quedó con bastante castigo el estratagema de los Mejicanos; pero salieron de la ocasion maltratados los bergantines, heridos y fatigados los Españoles. Murió peleando el capitan Juan Portillo, á cuyo valor y actividad se debió la mayor parte del suceso: y el capitan Pedro de Barba salió con algunas heridas penetrantes, de que murió tambien dentro de tres dias. Pérdidas ambas que sintió Hernan Cortés con notables demostraciones, y particularmente la de Pedro de Barba; porque le faltó en él un amigo igualmente seguro en todas fortunas, y un soldado valeroso, sin achaques de valiente: y cuerdo, sin tibiezas de reportado.

Vieronse á pique de perderse.

Rompen las piraguas.

Murió Juan Portillo, y murió poco despues Pedro de Barba.

Tardó poco en venirse á las manos la venganza de este suceso: porque los Mejicanos volvieron á reparar sus piraguas, y con nuevas embarcaciones de iguales medidas, se ocultaron otra vez en el mismo bosque, fortificándole con nueva estacada, y creyendo, ménos advertidamente, lograr segundo golpe, sin dar otro color al engaño. Llegó dichosamente á noticia de Hernan Cortés este movimiento del enemigo: y procurando adelantar cuanto pudo la satisfaccion de su pérdida, or-

Hace otra emboscada el enemigo.

Contraemboscada de Cortés.

denó que fuesen de noche á la deshilada seis bergantines á emboscarse dentro de otro cañaveral, que se descubria no muy distante de la zelada enemiga: y que usando de su mismo estratagema, saliese al amanecer uno de ellos, dando á entender, con diferentes puntas, que buscaba las canoas de la provision, y acercándose despues á las piraguas ocultas lo que fuese necesario para fingir que las habia descubierto, y para tomar entónces la vuelta, llamándolas con fuga diligente hácia el parage de la contraemboscada prevenida. Sucedió todo como se habia dispuesto: salieron los Mejicanos con sus piraguas á seguir el alcance del bergantin fugitivo, abalanzándose á la presa que ya daban por suya, con grandes alaridos, y mayor velocidad; hasta que llegando á distancia conveniente, les salieron al encuentro los otros bergantines, recibiéndolos, ántes que se pudiesen detener, con la artillería, cuyo rigor se llevó de la primera carga buena parte de las piraguas, dejando á las demas en estado, que ni el temor encontraba con la fuga, ni la turbacion las apartaba del peligro. Perecieron casi todas á la repeticion de los tiros; y murió la mayor parte de la gente que las defendia: con que no solo se vengó la muerte de Pedro de Barba y Juan Portillo; pero se rompió enteramente su armada, quedando Hernan Cortés no sin conocimiento de que aprendió de los Mejicanos el ardid ó la invencion de hacer emboscadas en el agua; pero con particular satisfaccion de haber sabido imitarlos para deshacerlos.

Caen en ella los Mejicanos.

Quedan deshechas sus piraguas.

Conflicto en que se hallaban los Indios.

Llegaban por entónces frecuentes avisos de lo que pasaba en la ciudad, por ser muchos los prisioneros que venian de las entradas: y sabiendo Hernan Cortés que se hacian ya sentir entre los sitiados la hambre y la sed, ocasionando rumores en el pueblo, y varias opiniones entre los soldados, puso mayor diligencia en cerrar el paso á las vituallas: y para dar nueva razon á sus armas, envió dos ó tres nobles de los mismos prisioneros á Guatimozin «convidándole «con la paz, y ofreciéndole partidos ventajosos en «órden á dejarle con el reino, y en toda su grandeza, quedando solamente obligado á reconocer el supremo dominio en el rey de los Españoles, cuyo derecho apoyaba entre los «Mejicanos la tradicion de sus mayores y el consentimiento de «los siglos.» En esta sustancia fué su proposicion, y repitió algunas veces la misma diligencia: porque á la verdad sentia destruir una ciudad tan opulenta y deliciosa, que ya miraba como alhaja de su rey.

Nueva embajada proponiendo la paz.

Junta de Guatimozin sobre la paz.

Oyó entónces Guatimozin con ménos altivez que solia el mensage de Cortés: y segun lo que refirieron poco despues otros prisioneros, llamó á su presencia el consejo de sus militares y ministros, convocando á los sacerdotes de los ídolos, que tenian voto de primera calidad en las materias públicas. Ponderó en la propuesta: «El estado miserable á «que se hallaba reducida la ciudad: la gente de guerra que se «perdia: lo que se congojaba el pueblo con los principios de la «necesidad: la ruina de los edificios: y últimamente pidió con«sejo, inclinándose á la paz lo bastante, para que le siguiese la «lisonja ó el respeto,» como sucedió entónces; porque todos los cabos y ministros votaron que se admitiese la proposicion de la paz, y se oyesen los partidos con que se ofrecia, reservando para despues el discurrir sobre su proporcion ó su disonancia.

Votan los ministros que se admita.

Pero los sacerdotes se opusieron con el rostro firme á las pláticas de la paz, fingiendo algunas respuestas de sus ídolos, que aseguraban de nuevo la victoria; ó seria verdad en estos ministros la mentira de sus dioses: porque andaba muy solícito aquellos dias el demonio, esforzando en los oidos lo que no podia en los corazones. Y tuvo tanta fuerza este dictámen, armado con el celo de la religion, ó libre con el pretesto de piadoso, que se redujeron á él todos los votos: y Guatimozin, no sin particular desabrimiento, porque ya sentia en su corazon algunos presagios de su ruina, resolvió que se continuase la guerra, intimando á sus ministros que perderia la cabeza cualquiera que se atreviese á proponerle otra vez la paz, por aprietos en que se llegase á ver la ciudad, sin esceptuar de este castigo á los mismos sacerdotes, que debian mantener con mayor constancia la opinion de sus oráculos.

Contradicen los sacerdotes.

Resuélvese la guerra.

Determinó Hernan Cortés con esta noticia que se hiciese una entrada general por las tres calzadas, para introducir á un mismo tiempo el incendio y la ruina en lo mas interior de la ciudad: y enviando las órdenes á los dos capitanes de Tacuba y Tepeaquilla, entró á la hora señalada con el trozo de Cristoval de Olid por Cuyoacan. Tenian los enemigos abiertos los fosos, y fabricados sus reparos en la forma que solian; pero los cinco bergantines de aquel distrito rompieron con facilidad las fortificaciones, al mismo tiempo que se iban cegando los fosos; y pasó el ejército sin detencion considerable, hasta que llegando á la última puente que desembocaba en la ribera, se halló de otro género la dificultad. Habian derribado parte de la calzada, para ensanchar aquel foso, dejándole con sesenta pasos de longitud, y cargando el agua de las acequias para darle mayor profundidad. Tenian á la márgen contrapuesta una gran fortificacion de maderos unidos y entablados, con dos ó tres órdenes de troneras, y no sin algun género de traveses: y era innumerable muchedumbre de gente la que habian prevenido para la defensa de aquel paso. Pero á los primeros gol-

Hace Cortés una entrada general.

Entra con Cristoval de Olid por Cuyoacan.

Foso grande á la entrada de la ciudad.

Cómo estaba fortificado.

pes de la batería cayó en tierra esta máquina; y los enemigos, despues de padecer el daño que hicieron sus ruinas, viéndose descubiertos al rigor de las balas, se recogieron á la ciudad sin volver el rostro, ni cesar en sus amenazas. Dejaron con esto libre la ribera: y Hernan Cortés, por ganar el tiempo, dispuso que la ocupasen luego los Españoles, sirviéndose para salir á tierra de los bergantines y de las canoas amigas que los acompañaban: por cuyo medio pasaron despues las naciones, los caballos, y tres piezas de artillería, que parecieron bastantes para la faccion de aquel dia.

Dejan los Mejicanos libre la ribera.

Pero ántes de cerrar con el enemigo, que todavía perseveraba en las trincheras con que tenian atajadas las calles, encargó al tesorero Julian de Alderete que se quedase á cegar y mantener aquel foso, y á los bergantines que procurasen hacer la hostilidad que pudiesen, acercándose á la batalla por las acequias mayores. Trabóse luego la primera escaramuza, y Julian de Alderete con el oido en el rumor de las armas, y con la vista en el avance de los Españoles, aprehendió que no era decente á su persona la ocupacion, á su parecer mecánica, de cegar un foso, cuando estaban peleando sus compañeros: y se dejó llevar inconsideradamente á la ocasion, cometiendo este cuidado á otro de su compañía; el cual, ó no supo ejecutarlo, ó no quiso encargarse de operacion desacreditada por el mismo que la subdelegaba: con que le siguió toda la gente de su cargo, y quedó abandonado aquel foso, que se tuvo por impenetrable al tiempo de la entrada.

Queda el cegar el foso á cargo de Alderete.

Recibe con desprecio esta órden Alderete.

Fué valerosa en los primeros ataques la resistencia de los Mejicanos. Ganáronse con dificultad, y á costa de algunas heridas, sus fortificaciones: y fué mayor el conflicto, cuando se dejaron atras los edificios arruinados, y llegó el caso de pelear con los terrados y ventanas; pero en lo mas ardiente del furor con que peleaban, se conoció en ellos una flojedad repentina, que pareció ejecucion de nueva órden: porque iban perdiendo apresuradamente la tierra que ocupaban; y segun lo que se presumió entónces, y se averiguó despues, nació esta novedad de que llegó á noticia de Guatimozin el desamparo del foso grande, y ordenó á sus cabos que tratasen de guardarse, y conservar la gente para la retirada. Tuvo Hernan Cortés por sospechoso este movimiento del enemigo: y porque se iba limitando el tiempo de que necesitaba para llegar ántes de la noche á su cuartel, trató de retirarse, mandando primero que se derribasen y diesen al fuego algunos edificios, para quitar los padrastros de la entrada siguiente.

Pelea Cortés dentro de la ciudad.

Retiranse artificiosamente los Mejicanos.

Resuelve Cortés su retirada.

Pero apénas se dió principio á la marcha, cuando asustó los oidos un instrumento formidable y melancólico, que llamaban ellos *la bocina sagrada*: porque

Suena la bocina de los sacerdotes.

solamente la podian tocar los sacerdotes, cuando intimaban la guerra, y concitaban los ánimos de parte de sus dioses. Era el sonido vehemente, y el toque una cancion compuesta de bramidos, que infundia en aquellos bárbaros nueva ferocidad, dando impulsos de religion al desprecio de la vida. Empezó despues el rumor insufrible de sus gritos; y al salir el ejército de la ciudad, cayó sobre la retaguardia, que llevaban á su cargo los Españoles, una multitud innumerable de gente resuelta y escogida para la faccion que traian premeditada.

Carga el enemigo á Cortés.

Hicieron frente los arcabuces y ballestas: y Hernan Cortés, con los caballos que le seguian, procuró detener al enemigo; pero sabiendo entónces el embarazo del foso, que impedia la retirada, quiso doblarse, y no lo pudo conseguir; porque las naciones amigas, como traian órden para retirarse, y tropezaron primero con la dificultad, cerraron con ella precipitadamente, y no se oyeron las órdenes, ó no se obedecieron.

Hállase abierto el foso.

Pasaban muchos á la calzada en los bergantines y canoas; siendo mas los que se arrojaron al agua, donde hallaron tropas de Indios nadadores, que los herian ó anegaban. Quedó solo Hernan Cortés con algunos de los suyos á sustentar el combate. Mataron á flechazos el caballo en que peleaba; y apeándose á socorrerle con el suyo el capitan Francisco de Guzman, le hicieron prisionero, sin que fuese posible conseguir su libertad. Retiróse finalmente á los bergantines, y volvió á su cuartel herido, y poco ménos que derrotado, sin hallar recompensa en el destrozo que recibieron los Mejicanos. Pasaron de cuarenta los Españoles que llevaron vivos para sacrificarlos á sus ídolos. Perdióse una pieza de artillería: murieron mas de mil Tlascaltecas: y apénas hubo Español que no saliese maltratado. Pérdida verdaderamente grande, cuyas consecuencias meditaba y conocia Hernan Cortés, negando al semblante lo que sentia el corazon, por no descubrir entónces la malicia del suceso. ¡Dura, pero inescusable pension de los que gobiernan ejércitos! obligados siempre á traer en las adversidades el dolor en el fondo, y el desahogo en la superficie del ánimo.

Hacen prisionero á Francisco de Guzman.

Cuarenta Españoles prisioneros.

Trabajo de Cortés en disimular su pérdida.

CAPITULO XXIII.

Celebran los Mejicanos su victoria con el sacrificio de los Españoles. Atemoriza Guatimozin á los confederados, y consigue que desamparen muchos á Cortés; pero vuelven al ejército en mayor número, y se resuelve tomar puestos dentro de la ciudad.

Entradas de Sandoval y Alvarado.

Hicieron sus entradas al mismo tiempo Gonzalo de Sandoval y Pedro de Alvarado, hallando en ellas igual oposicion, y con poca diferencia en los progresos de ambos ataques: ganar las puentes, cegar los fosos, penetrar las calles, destruir los edificios, y sufrir en la retirada los últimos esfuerzos del enemigo. Pero faltó el contratiempo del foso grande, y fué la pérdida menor, aunque llegarian á veinte los Españoles que faltaron de ambas entradas: sobre los cuales hacen la cuenta los que dicen que perdió Hernan Cortés mas de sesenta en la de Cuyoacan.

Perdieron veinte Españoles

Alderete conoce su yerro.

El tesorero Julian de Alderete, á vista de los daños que habia ocasionado su inobediencia, conoció su culpa, y vino desalentado y pesaroso á la presencia de Cortés, ofreciendo su cabeza en satisfaccion de su delito; y él le reprendió con severidad, dejándole sin otro castigo, porque no se hallaba en tiempo de contristar la gente con la demostracion que merecia. Fué preciso alzar por entónces la mano de la guerra ofensiva, y se trató solo de ceñir el asedio, y estrechar el paso á las vituallas, entre tanto que se atendia con particular cuidado á la cura de los heridos, que fueron muchos, y mas fáciles de numerar los que no lo estaban.

Suspende Cortés la guerra ofensiva.

Juan Catalan curó los heridos.

Pero se descubrió entónces la gracia de un soldado particular, llamado Juan Catalan, que, sin otra medicina que un poco de aceite y algunas bendiciones, curaba en tan breve tiempo las heridas, que no parecia obra natural. Llama el vulgo á este género de cirugía curar por ensalmo, sin otro fundamento que haber oido entre las bendiciones algunos versos de los salmos. Habilidad ó profesion no todas veces segura en lo moral y algunas permitida con riguroso exámen. Pero en este caso no seria temeridad que se tuviese por obra del cielo semejante maravilla, siendo la gracia de sanidad uno de los dones gratuitos que suele Dios comunicar á los hombres; y no parece creible que se diese concurso del demonio en los medios con que se conseguia la salud de los Españoles, al mismo tiempo que procuraba destruirlos con la sugestion de sus oráculos. Antonio de Herrera dice que fué una muger es-

Curas por ensalmo, sin concurso del demonio.

pañola, que se llamaba Isabel Rodriguez, la que obró estas curas admirables; pero seguimos á Bernal Diaz del Castillo, que se halló mas cerca; y aunque tenemos por infelicidad de la pluma el tropezar con estas discordancias de los autores, no todas se deben apurar: porque siendo cierta la obra, importa poco, á la verdad, la diferencia del instrumento.

Aplauden su victoria los Mejicanos.

Volvamos empero á los Mejicanos, que aplaudieron su victoria con grandes regocijos. Viéronse aquella noche desde los cuarteles coronados los adoratorios de hogueras y perfumes: y en el mayor, dedicado al dios de la guerra, se percibian sus instrumentos militares en diferentes coros de ménos importuna disonancia. Solemnizaban con este aparato el miserable sacrificio de los Españoles que prendieron vivos: cuyos corazones palpitantes, llamando al Dios de la verdad miéntras les duraba el espíritu, dieron el último calor de la sangre á la infeliz aspersion de aquel horrible simulacro. Presumióse la causa de semejante celebridad, y las hogueras daban tanta luz, que se distinguia el bullicio de la gente; pero se alargaban algunos de los soldados á decir que percibian las voces, y conocian los sugetos. ¡Lastimoso espectáculo! y á la verdad no tanto de los ojos, como de la consideracion; pero en ella tan funesto y tan sensible, que ni Hernan Cortés pudo reprimir sus lágrimas, ni dejar de acompañarle con la misma demostracion todos los que le asistian.

Sacrificio de los Españoles.

Quedaron los enemigos nuevamente orgullosos de este suceso, y con tanta satisfaccion de haber aplacado al ídolo de la guerra con el sacrificio de los Españoles, que aquella misma noche, pocas horas ántes de amanecer, se acercaron por las tres calzadas á inquietar los cuarteles, con ánimo de poner fuego á los bergantines, y proseguir la rota de aquella gente, que, no sin particular advertencia, consideraban herida y fatigada; pero no supieron recatar su movimiento, porque avisó de él aquella trompeta infernal que los irritaba, tratando á manera de culto la desesperacion: y se previno la defensa con tanta oportunidad, que volvieron rechazados, con la diligencia sola de asestar á las calzadas la artillería de los bergantines y de los mismos alojamientos, que disparando al bulto de la gente, dejó bastantemente castigado su atrevimiento.

Inquietan los enemigos los cuarteles.

Vuelven rechazados.

Arbitrios notables de Guatimozin.

El dia siguiente dió Guatimozin, por su propio discurso, en diferentes arbitrios de aquellos que suelen agradecerse á la pericia militar. Echó voz de que habia muerto Hernan Cortés en el paso de la calzada, para entretener al pueblo con esperanzas de breve desahogo. Hizo llevar las cabezas de los Españoles sacrificados á las poblaciones comarcanas, para que, acabándose de creer su victoria, tratasen de reducirse los que andaban fuera de su obediencia: y últimamente divulgó que aquella deidad, suprema entre sus ídolos, cuyo instituto era presidir

Finge que se acabará la guerra en ocho dias.

á los ejércitos, mitigada ya con la sangre de los corazones enemigos, le habia dicho en voz inteligible que dentro de ocho dias se acabaria la guerra, muriendo en ella cuantos despreciasen este aviso. Fingiólo así, porque se persuadió á que tardaria poco en acabar con los Españoles: y tuvo inteligencia para introducir en los cuarteles enemigos personas desconocidas que derramasen estas amenazas de su dios entre las naciones de Indios que militaban contra él. Notable ardid para melancolizar aquella gente, desanimada ya con la muerte de los Españoles, con el estrago de los suyos, con la multitud de los heridos, y con la tristeza de los cabos.

Procura desanimar á los confederados de Cortes.

Parte de los Indios amigos desampara el ejército.

Tenian tan asentado el crédito las respuestas de aquel ídolo, y era tan conocido por sus oráculos en las regiones mas distantes, que se persuadieron fácilmente á que no podian faltar sus amenazas; haciendo tanta batería en su imaginacion el plazo de los ocho dias, señalado por término fatal de su vida, que se determinaron á desamparar el ejército: y en las dos ó tres primeras noches faltó de los cuarteles la mayor parte de los confederados: siendo tan poderosa en aquellas naciones esta despreciable aprehension, que hasta los mismos Tlascaltecas y Tezcucanos se deshicieron con igual desórden; ó porque temieron el oráculo como los demas, ó porque se los llevó tras sí el ejemplo de los que le temian. Quedaron solamente los capitanes y la gente de cuenta, puede ser que con el mismo temor: pero si le tuvieron, fué ménos poderosa en ellos la defensa de la vida que la ofensa de la reputacion.

Industria de Cortés para recogerlos.

Entró Hernan Cortés en nueva congoja con este inopinado accidente, que le obligaba poco ménos que á desconfiar de su empresa; pero luego que llegó á su noticia el orígen de aquella novedad, envió en seguimiento de las tropas fugitivas á sus mismos cabos, para que las detuviesen, contemporizando con el miedo que llevaban, hasta que pasados los ocho dias señalados por el oráculo, llegasen á conocer la incertidumbre de aquellos vaticinios, y fuesen mas fáciles de reducir al ejército. Diligencia de notable acierto en el discurso de Hernan Cortés; porque pasados los ocho dias, llegó á tiempo la persuasion, y volvieron á sus cuarteles con aquel género de nueva osadía, que suele formarse del temor desengañado.

Vuelven reforzados los de Tezcuco y los Tlascaltecas con nuevo socorro de gente.

Don Hernando, el príncipe de Tezcuco, envió á su hermano por los de aquella nacion, y volvió con ellos, y con nuevas tropas, que halló formadas para socorrer el ejército. Los Tlascaltecas desertores, que fueron de la gente mas ordinaria, no se atrevieron á proseguir su viaje, temiendo el castigo á que iban espuestos; y estuvieron á la mira del suceso, creyendo que podrian unirse con

los fugitivos de la rota imaginada; pero al mismo tiempo que se desengañaron de su vana credulidad, tuvieron la dicha de incorporarse con un socorro que venia de Tlascala, y fueron mejor recibidos en el ejército.

Toma servicio la nacion de los Otomies.

De este aumento de fuerzas con que se hallaba Cortés, y del ruido que hacia en la comarca el aprieto de la ciudad, resultó el declararse por los Españoles algunos pueblos que se conservaban neutrales ó enemigos: entre los cuales vino á rendirse y á tomar servicio en el ejército la nacion de los Otomies, gente, como dijimos, indómita y feroz, que á guisa de fieras se conservaba en aquellos montes que daban sus vertientes á la laguna: rebeldes hasta entónces al imperio Mejicano, sin otra defensa que vivir en parage poco apetecido por estéril, y despreciado por inhabitable: con que llegó segunda vez el caso de hallarse Cortés con mas de doscientos mil aliados á su disposicion, pasando en breves dias de la tempestad á la bonanza, y atribuyendo, como solia, este poco ménos que súbito remedio al brazo de Dios, cuya inefable providencia suele muchas veces permitir las adversidades, para despertar el conocimiento de los beneficios.

Hállase Cortés con doscientos mil aliados.

No estuvieron ociosos los Mejicanos el tiempo que duró esta suspension de armas á que se hallaron reducidos los Españoles. Hacian frecuentes salidas, dejándose ver de dia y de noche sobre los cuarteles; pero siempre volvieron rechazados, perdiendo mucha gente, sin ofender ni escarmentar. Súpose de los últimos prisioneros que se hallaba en grande aprieto la ciudad: porque la hambre y la sed tenian congojada la plebe, y mal satisfecha la milicia. Enfermaba y moria mucha gente de beber las aguas salitrosas de los pozos. Los pocos bastimentos que podian escapar de los bergantines, ó entraban por los montes, se repartian por tasa entre los magnates, dando nueva razon á la impaciencia del pueblo, cuyos clamores tocaban ya en riesgos de la fidelidad. Llamó Hernan Cortés á sus capitanes, para discurrir con esta noticia lo que se debia obrar, segun el estado presente de la ciudad y del ejército.

Hambre y sed en la ciudad.

Llama Cortés á sus capitanes.

Hizo su proposicion, con poca esperanza de que se rindiesen los sitiados á instancia de la necesidad, por el odio implacable que tenian á los Españoles, y por aquellas respuestas de sus ídolos, con que le fomentaba el demonio: y se inclinó á que seria conveniente volver luego á las armas, por esta probable conjetura, y porque no se deshiciesen otra vez aquellos aliados, gente de fáciles movimientos; y que así como era de servicio en los combates, peligraba en el ocio de los alojamientos: porque siempre deseaban la ocasion de llegar á las manos: y no se hacian capaces de que fuese guerra el asedio que se practicaba entónces, ni ofensas del enemigo aquellas suspensiones de la cólera militar.

Resuélvese la continuacion de la guerra, y que se tomen puestos dentro de la ciudad, avanzando los trozos hasta el Tlateluco.

Vinieron todos en que se continuase la guerra sin desamparar el asedio : y Hernan Cortés, que acabó de conocer en el suceso antecedente lo que padecia en aquellas retiradas, espuestas siempre á los últimos esfuerzos de los Mejicanos, resolvió que reforzando la guarnicion de los cuarteles y de la plaza de armas, se acometiese de una vez por las tres calzadas, para tomar puestos dentro de la ciudad : los cuales se habian de mantener á todo riesgo, procurando avanzar cada trozo por su parte, hasta llegar á la gran plaza de los mercados, que llamaban el Tlateluco, donde se unirian las fuerzas, para obrar lo que dictase la ocasion. Estuviera mas adelantada la empresa, ó conseguida enteramente, si se hubiera tomado en el principio esta resolucion ; pero es tan limitada la humana providencia, que no hace poco el mayor entendimiento en lograr la enseñanza de los malos sucesos, y muchas veces necesita de fabricar los aciertos sobre la correccion de los errores.

Enseñan los malos sucesos el arte de la guerra.

CAPITULO XXIV.

Hácense las tres entradas á un tiempo, y en pocos dias se incorpora todo el ejército en el Tlateluco. Retírase Guatimozin al barrio mas distante de la ciudad : y los Mejicanos se valen de algunos esfuerzos y cautelas para divertir á los Españoles.

Hácense las tres entradas á un tiempo.

Prevenidos los víveres, el agua, y lo demas que pareció necesario para mantener la gente dentro de una ciudad donde faltaba todo, salieron los tres capitanes de sus cuarteles el dia señalado al amanecer : Pedro de Alvarado por el camino de Tacuba : Gonzalo de Sandoval por el de Tepeaquilla : y Hernan Cortés, con el trozo de Cristoval de Olid, por el de Cuyoacan, llevando cada uno sus bergantines y canoas por los costados. Halláronse las tres calzadas en defensa, levantadas las puentes, abiertos los fosos, y con tanta sobra de gente, como si fuera este dia el primero de la guerra ; pero se venció aquella dificultad con la misma industria que otras veces, y á costa de alguna detencion llegaron los trozos á la ciudad con poca diferencia de tiempo. Ganáronse brevemente las calles arruinadas, porque los enemigos las defendian con flojedad, para retirarse á las que tenian guarnecidos los terrados. Pero los Españoles trataron el primer dia de formar sus alojamientos, fortificándose cada trozo en su cuartel lo mejor que fué posible con las ruinas de los edificios, y fundando su mayor seguridad en la vigilancia de sus centinelas.

Estaban en defensa las tres calzadas.

Gánanse las calles arruinadas.

Acuartélanse los trozos dentro de la ciudad.

Turbacion de los Mejicanos.

Causó esta novedad grande turbacion y desconsuelo entre los Mejicanos : desarmóse la prevencion que tenian hecha para cargar la retirada : corrió la voz, engrandeciendo el peligro, y apresurando los remedios : acudieron los nobles y ministros al palacio de Guatimozin, y á instancia de todos se retiró aquella misma noche á lo mas distante de la ciudad. Continuáronse las juntas, y hubo diversos pareceres, desalentados ó animosos, segun obedecia el entendimiento á los dictámenes del corazon. Unos querian que se tratase desde luego de poner en salvo la persona del rey, sacándole á parage mas seguro : otros, que se fortificase aquella parte de la ciudad que ocupaba la corte : y otros, que se intentase primero desalojar á los Españoles, obligándolos á ceder la tierra que habian ocupado. Inclinóse Guatimozin al consejo de los mas valerosos ; y escluyendo el desamparar la ciudad, con resolucion de morir entre los suyos, ordenó que al amanecer se acometiese con todo el resto á los cuarteles enemigos : para cuyo efecto juntaron y distribuyeron sus tropas, con ánimo de aplicar todas sus fuerzas al esterminio de los Españoles. Y poco despues que se declaró la mañana, se dejaron ver de los tres alojamientos, donde llegó primero el aviso de sus prevenciones ; y la artillería que mandaba las calles hizo tan riguroso estrago en su vanguardia, que no se atrevieron á ejecutar la órden que traian ; ántes se desengañaron brevemente de que no era posible su empresa ; y sin llegar á lo estrecho del ataque, dieron principio á la fuga con apariencias de retirada : cuyo movimiento, espacioso y remiso por la frente, dió lugar á los Españoles para que avanzasen hasta medir las armas : y sin mas diligencia que la que hubieron menester para seguir el alcance, quedó roto el enemigo, y mejorado el alojamiento de la noche siguiente.

Retírase Guatimozin al barrio mas distante.

Varios pareceres de sus ministros.

Toma Guatimozin el consejo mas brioso.

Resuelven el ataque de los cuarteles.

Pierdense los Mejicanos en los tres asaltos.

Entróse despues en mayor dificultad : porque fué necesario caminar arruinando los edificios, batiendo los reparos, y cegando las aberturas de las calles ; pero en uno y otro se procuró ganar el tiempo, y en ménos de cuatro dias se hallaron los tres capitanes á vista del Tlateluco, á cuyo centro caminaban por líneas diferentes.

Caminan los Españoles por las calles interiores.

Fué Pedro de Alvarado el primero que llegó á poner los pies dentro de aquella gran plaza, donde intentaron doblarse los enemigos que llevaba cargados ; pero no se les dió lugar para que lo consiguiesen, ni era fácil pasar á la operacion desde la fuga : y al primer combate desampararon el puesto, retirándose confusamente á las calles de la otra banda. Reconoció entónces Pedro de Alvarado que tenia cerca de sí un grande adoratorio, cuyas gradas y torres ocu-

Pedro de Alvarado entra primero en el Tlateluco.